

## Reflexiones de un palmicultor

Desde el boletín El Palmicultor comparto estas reflexiones con los palmicultores. Soy palmicultor, es decir, soy agricultor, así sea empresario, finquero o parcelero, mi actividad es la agricultura, la profesión a la que se refería Cicerón como propia del sabio, la más adecuada al sencillo. Cada mañana siento que mi cultivo también es uno de mis seres queridos, entonces vibro como palmero y me cargo de energía para lidiar la faena que me espera.

Siento que decidí lo correcto al hacer algo más que plantar palmas y explotar esta actividad. Soy consciente de que la palmicultura es otro de los millones de negocios que la humanidad ha creado y supongo que habrá millones de personas que cuando se levantan piensan lo mismo que yo pienso. Cómo hacer para que mi negocio prospere, para sostenerme, para mejorar, para crecer, para adaptarme al cambio.

No me cuesta trabajo pensar que, tanto en esos negocios como en el mío, hay incertidumbre, riesgos y amenazas, pero intuyo que también hay certidumbres, seguridades y oportunidades. Deduzco entonces que la clave está en equilibrar esas fuerzas, concluyo que debo aplicarme en potenciar lo bueno para mitigar el posible impacto de lo malo. Y me lanzo al ruedo. Otros deben estar haciendo algo parecido, así que no estoy solo, mi negocio es uno más, habrá otros que tengan el mismo, pero de mí depende que el mío no sea lo mismo.

Lo primero que trato de hacer es no dejarme paralizar por las dificultades porque esta clase de cosas embisten de frente y lo aporrean a uno muy fuerte. Me muevo con cuidado y sigilo pero me enfoco en trabajar para que empiecen a pasar las cosas que necesito que pasen, de la manera en que las necesito. No le quito la mirada al entorno porque no me gusta que me corneen por sorpresa pero me detengo mucho más tiempo mirándome por dentro. Es decir, me digo que si estoy bien preparado me puedo defender mucho mejor. Y me lo creo.

Examino con riguroso juicio lo que hago y me propongo mejorarlo tanto como sea posible porque me niego a aceptar que eso sea imposible. Busco a los mejores,

adquiero las herramientas más apropiadas, me aseguro de que todo se implemente bien y se aproveche al máximo, me preparo tanto como debo preparar a mi gente, me apoyo en ellos, trato de que aflore lo mejor que tienen, los reconozco, los escucho, los empujo hacia el cambio, les despierto la pasión por lo que hacen, les exijo menos de lo que me exijo a mí mismo, pero les exijo.

Las fábulas infantiles me han enseñado muchas lecciones en la vida. De *la rana y el buey* aprendí que uno no debe dejar que su ego se le inflame tanto porque se puede estallar por querer ser más grande de lo que se puede ser. De *la zorra y las uvas* aprendí que no hay nada que justifique declinar ante algo por lo que valga la pena esforzarse. Y así, sucesivamente, con muchos ejemplos y vivencias he ido comprendiendo que la humildad no consiste en dejar de ser vanidoso sino en ser más consciente de lo que realmente debo hacer si quiero ser un mejor ser.

Ser palmicultor, mirándolo objetivamente, ha sido una de esas cosas buenas que me han pasado en la vida, así que me esmero por hacerlo bien.

